

Mi vida ocupa 16,64 gigas. O lo que es lo mismo, 16.640 megabytes, 1,3312e+11 bits, según una herramienta de Google que te convierte el tamaño de tus datos en casi cualquier cosa. Si tuviera que volver a mudarme, ahora sé que mi vida (al menos la más reciente) cabe en unos cuantos cientos de carpetas y en un mogollón de archivos que he intentado contar, pero es imposible. Algunos ni siquiera puedo abrirlos y otros no me deja descargarlos mi ordenador porque se ve que no tengo suficiente memoria para mi propia memoria.

En 16,64 gigas he encontrado los primeros mails con mi mujer cuando todavía no era ni mi novia, la primera ecografía de nuestro hijo y las cuatro mil y pico fotos que vinieron después, un blog que creamos para la familia del que ya ni me acordaba, todos los viajes que he hecho, todos los restaurantes en los que reservé y todos los conciertos a los que fui. Y también todas las fotos de esos viajes, de esas comidas y de esos conciertos. Hay con filtros y a palo seco. Está la ubicación de mi casa en Valencia y la de Madrid y todas las casas que guardo en favoritos por si me toca la lotería algún día. Los vuelos, los billetes de tren, los kilómetros que camino y los que corrí cuando corría. Si hoy he ido al gimnasio, ahí entra también. Junto a las calorías que quemo, todo lo que compro en internet, lo que devolví, los sitios que señalo por si algún día voy, los que finalmente fui y los que todavía no.

En menos de 20 gigas cabe lo que leo, lo que escucho y lo que veo. Todos los tuits que publiqué, los que borré por si las moscas, el libro que he escrito y todas sus versiones previas, el calendario de presentaciones y la reunión que tengo la semana que viene con mi editor para ver si al final sale o no la serie.

Dentro de las algo más de cien carpetas que ocupa mi vida hay una que guarda mis conversaciones en privado (*¡a!*) de Twitter, mis comentarios en público e incluso una carpeta que recopila todas las frases que alguna vez traduje utilizando el traductor de Google. La última es de una entrevista del *Corriere della Sera* a una psicóloga llamada Anna Lembke, que ha escrito un libro interesantísimo en el que dice que nuestros teléfonos se han convertido en la aguja hipodérmica moderna que nos proporciona dopamina digital las 24 horas del día, los siete días de la semana. La frase, en italiano claro, dice así: «*Propongo di imparare a sperimentare la noia con consapevolezza*». Es decir: «*Propongo aprender a vivir el aburrimiento con conciencia*».

Google ya sabe que no sé italiano y seguramente tiene más conciencia que yo de la última vez que me aburrí.

De esos 16,64 gigas que ocupa mi vida, no sé cuántos comparto con mi familia, pero sí sé que 7,11 los comparto con Google. La empresa americana, a través de un departamento con nombre de guerrilla llamado Frente de Liberación de Datos, creó en 2011 un proyecto llamado Google Takeout para permitir a los usuarios descargar los datos que almacenaban sus aplicaciones, entre ellas Gmail o YouTube. Hoy, prácticamente todas las aplicaciones tienen un sistema similar.

En su primera versión, Takeout te permitía descargar los datos de tu perfil, tus contactos, la información de un embrión de red social llamada Buzz y los álbumes de Picasa (¿se acuerdan?). En la última década la capacidad de almacenaje no ha dejado de crecer. Nuestra actividad tampoco. Hoy, en apenas unas horas, puedes acceder a varios paquetes con toda la información que Google tiene sobre ti. Sólo mis correos, incluidos los mensajes de *spam* y los mails que mandé a la papelera, pesan 6.274.742.123 bytes.

Entre todos los mensajes hay uno de septiembre del año pasado que me mandó Carissa Véliz, profesora en la facultad de Filosofía y el Instituto



para la Ética en la Inteligencia Artificial de la Universidad de Oxford y autora de *Privacidad es poder* (Editorial Debate), un ensayo que radiografía la sociedad de la hipervigilancia en la que vivimos y en el que alerta del extraordinario poder que manejan hoy los gigantes tecnológicos. Si no lo conocen, búsquenlo en Google porque es fantástico.

En su momento no publiqué todo lo que Carissa Véliz me contó, pero afortunadamente el Frente de Liberación de Datos lo guardó por mí.

«Casi todo el mundo tiene la sospecha de que empresas como Google y Facebook usan sus datos personales, pero la mayor parte de la gente no se da cuenta de lo que ello implica. Perdemos más privacidad de lo que parece», alerta en su correo la profesora, que pone un ejemplo del grado de control que tienen sobre nosotros. «Alguien puede pensar: ‘¿Y a mí qué me importa que Facebook o Google sepan qué música me gusta? No tengo nada que esconder’. Lo que esa persona probablemente no sabe es que sus gustos musicales se pueden usar para inferir su orientación sexual y su estado de ánimo, y a su vez esos datos pueden usarse para discriminar en su contra en caso de pedir un trabajo, o un préstamo. La vigilancia

ILUSTRACIÓN  
DE JORGE GIL

está llegando a unos niveles alarmantes».

Mi carpeta de YouTube dice que la primera canción que busqué fue *Le llamaban loca* de Mocedades (no me pregunten por qué porque yo tampoco lo recuerdo) y la última, la actuación de Eminem en la SuperBowl. Google sabe que mis gustos musicales son inclasificables.

«Los humanos están dispuestos a entregar cualquier dato

personal para llenar el vacío de la soledad y el temor existencial, sobre todo en un mundo que rebosa de él. Si el simulacro puede pasar como real, siempre tendrá éxito», escribió el periodista Antonio García Martínez, ex gerente de producto de Facebook y ex asesor de Twitter en un tuit de mayo de 2018 que yo marqué entonces como favorito y que él acabó borrando después.

El simulacro, en efecto, coló como real. El viaje por las carpetas que te devuelve la descarga de tus archivos en Google, Facebook, Twitter o Instagram –16,64 gigas en mi caso– es el perfecto simulacro de nuestra otra vida. La que los gigantes de internet conocen mejor que nosotros mismos. Gracias a una siniestra carpeta llamada *Mi actividad*, ahora sé que saben que anoche volví a lanzar un capítulo de *Euphoria* a mi tele a través de Chromecast, que hoy es el cumple de mi amigo Pedro y el jueves juega el

Barça en Nápoles. Que el viernes pedimos pizza, que mi madre me gana (casi) siempre al Wordle, que tengo reserva en un mexicano que está a 27 minutos en coche de mi casa, 32 en metro, una hora y tres minutos andando. Que tengo unas entradas para Wilco desde antes de la pandemia y que ayer pagué un café con el móvil en la cafetería del periódico: 1,30 euros.

Google sabe que para escribir este mismo reportaje busqué en Google los resultados de una encuesta americana que dice que el 77 % de los interesados en unirse a un posible metaverso están preocupados por que Facebook sea el propietario de sus datos.

En mi carpeta de contactos, por la *erre*, está Ricard Martínez, profesor de Derecho Constitucional en la Universitat de València y Director de su Cátedra Microsoft de Privacidad y Transformación Digital. Yo le sigo en Twitter,

perfectamente que estuve en Bangkok hace tres veranos, incluso que mi hijo se comió un gusano, porque es uno de mis vídeos con más likes en la red.

Y esto es sólo lo que consta de forma oficial. Según un estudio de la empresa de ciberseguridad Risk Based Security, que según mi historial consulté por última vez en junio del año pasado, cerca del 90% de los registros filtrados por hackers en la red se pueden atribuir a la exposición o publicación de nuestros datos en línea. «Somos tan vulnerables como lo sea nuestra cultura sobre ciberseguridad», insiste Ricard Martínez en uno de esos documentos que he recuperado. «Y la gran mayoría somos analfabetos sometidos a un riesgo invisible. Le abrimos la puerta de nuestra casa a los hackers. La puerta, las ventanas y las persianas. Nos molesta más el esfuerzo de protegernos que el riesgo que corremos».

Según un estudio de la Universidad Carnegie Mellon que compartí en mis redes hace unos años, un estadounidense medio tendría que dedicar 76 días enteros si quisiera leer todas las políticas de privacidad de las tecnológicas de las que echa mano regularmente. Admitamos ya que ni usted ni yo las leemos... Y eso también lo saben.

Si busco la palabra «privacidad» en mis archivos, encuentro dos notas de voz de Liliana Arroyo, investigadora del Instituto de Innovación Social de ESADE y experta en impacto social de la tecnología. «La sociedad es cada vez más consciente de que los datos son poder, pero a la vez cada vez tiene menos alternativas. Y la pandemia sólo ha agravado la situación», dice en la primera. «Puedes aceptar las políticas de privacidad sin leerlas, perder media

## MI VIDA EN 16,64 GIGAS: TODO LO QUE INTERNET SABE SOBRE UN TAL RODRIGO TERRASA



Tu otro yo. Google, Instagram o Twitter permiten descargar todos los datos que almacenan sobre ti. El periodista se somete al experimento... y descubre que son muchos más de los que imaginas

pero él a mí no. En mi carpeta de Drive, Google guarda la última entrevista que le hice.

«Todo lo que es gratis en la Red implica el tratamiento de tus datos», alerta Martínez. «Todo el rastro que dejas en internet es susceptible de ser explotado en un entorno legal, así que en el mercado negro la situación es todavía más complicada».

En el terreno legal, Instagram me permite descargar un archivo que se llama *Anunciantes que utilizan tu actividad o información* que revela los nombres de todas las empresas que me han incluido en alguna lista de publicidad y los que han llegado a mi cuenta por mi actividad en la red. Hay cientos. Ahí están Mango, Ikea, Spotify, CaixaBank, Amnistía Internacional y un montón de marcas tailandesas porque Instagram sabe

vida intentando entenderlas o no aceptarlas y quedarte sin alternativas».

La otra nota de voz es anterior. Ahí decía: «Si es una persona la que te pide tus datos, eres consciente de que estás siendo invadido. Cuando no ves unos ojos al otro lado, pierdes esa noción. Tenemos la sensación de que es más peligroso darle información a un ciudadano cuando es mucho más difícil rastrear lo que lanzamos al universo digital. Sentados en el sofá de casa con el móvil en la mano perdemos la conciencia de que hay gente detrás de tu teléfono».

Google sabe que mi sofá lo compré en Ikea, un sofá cama *Friheten*, color beige, y que mi móvil es un iPhone 13 pro de 128 gigas (casi ocho vidas más de capacidad). También sabe que ya he programado un tuit con este reportaje y que lo último que hice

antes de apagar el teléfono fue consultar cuánto son 16,64 gigas en bits.

“SENTADOS EN EL SOFÁ CON EL MÓVIL PERDEMOS LA CONCIENCIA DE QUE ESTAMOS SIENDO INVADIDOS. CREEMOS QUE ES MÁS PELIGROSO DARLE INFORMACIÓN A UN CIUDADANO CUANDO ES MÁS DIFÍCIL RASTREAR LO QUE LANZAMOS AL UNIVERSO DIGITAL”